

El Señor de las Flores

Julio Glockner

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

En los tiempos primigenios que describe la mitología nahua nació Xochipilli, el Señor de las Flores. Las noticias sobre el nacimiento de esta deidad, ocupada en procurar la germinación y el crecimiento de las plantas, es ambigua e imprecisa. Simplemente al dar la vuelta a una página del volumen que reúne tres opúsculos del siglo XVI, conocido como *Teogonía e historia de los mexicanos*, Xochipilli deja de ser el hijo de Piltzintecutli y Xochiquetzal para reaparecer como una diosa, ahora esposa de Piltzintecutli y madre de Centéotl, dios del maíz. Pero esta ambivalencia, propia del pensamiento mitológico, no debe entenderse como un obstáculo que impida comprender los límites de la individualidad de esta deidad de las flores, la danza, la música, el juego y el placer; al contrario, la permanente ruptura de la individuación no sólo de Xochipilli, sino de los dioses mesoamericanos en general, permite el ejercicio de la advocación, que amplía los espacios y las representaciones sagradas mediante asociaciones simbólicas, remitiéndonos a una realidad más compleja y profunda.

Xochipilli era una deidad teñida de rojo. En su rostro, que a veces tenía un toque de blanco o azul en la boca, estaba figurado el llanto. Llevaba puesto sobre su cabeza un penacho elaborado con plumas de guacamaya roja y algunas tiras de papel sobre su pecho. Un bezote y un collar de esmeraldas refrescaban con verde su bermeja y cálida presencia. Su figura simbolizaba también el Sol naciente y, en consecuencia, portaba en un brazo un escudo con la insignia solar hecha en mosaico de turquesas. Con una mano sostenía además un bastón rematado con la figura de un corazón del que brotaba un penacho de plumas de quetzal.

Es bien conocido el gusto de los antiguos mexicanos por las flores, de las cuales, dice fray Diego Durán:

son en general estos naturales sensualesísimos y aficionados, poniendo su felicidad y contento en estarse

oliendo todo el día una rosita, o un xuchitl, compuesto de diversas rosas, los cuales todos sus regocijos y fiestas celebran con flores, y sus presentes ofrecen y dan con flores; esles, en fin, tan gustoso y cordial el oler las flores, que el hambre alivian y pasan con olerías. Y así se les pasaba la vida en flores, con tanta ceguedad y tiniebla, que, engañados y persuadidos del demonio, viéndolos tan aficionados a flores y rosas, celebraban una fiesta solemnísimas a las rosas, y era cuando ya se iban acabando, que entonces, como venían ya los hielos y hablan de faltar por algunos días, hacíanles camestolendas.

Cuatro días antes de festejar la fiesta del Señor de las Flores, que Durán atribuye a Xochiquetzal y no a Xochipilli, se debía hacer un ayuno general entre todos los celebrantes, tanto hombres como mujeres. La fiesta, conocida como Xochihuitl o "Fiesta de las Flores", no tenía grandes proporciones, pues sólo la realizaban los nobles y la gente que vivía en los palacios. Los participantes debían observar también una estricta abstinencia sexual y de quien no lo hacía se decía que "ensuciaba su ayuno", estableciendo una analogía entre el acto sexual y el acto de comer que en algunos pueblos perdura hasta nuestros días. El infractor de esta prohibición no sólo era sancionado socialmente, sino que el dios "que tiene cargo de dar flores", ofendido, "lo hería con enfermedades en las partes secretas", según la expresión de Sahagún, a quien sigo en estas descripciones. Los transgresores debían padecer entonces los dolores de las hemorroides, llamadas antiguamente xochicuihuiztli, las incomodidades de los furúnculos y otros tumores, y la no menos molesta e inquietante "podredumbre del miembro secreto". Desde luego que al advertir las manifestaciones del castigo divino, los penitentes hacían votos y promesas a Xochipilli para aplacar su enojo y lograr el alivio de tan tormentosos males.

El ayuno al que se sometían consistía en tomar un poco de atole al mediodía y a la media noche. Otros comían “panes ázimos” hechos con maíz seco, molido y cocido en el comal, sin chile ni condimento alguno.

Al quinto día de ayuno y abstinencia sexual se celebraba finalmente la Fiesta de las Flores o Xochilhuitl. Ese día se ataviaba a un individuo con la vestimenta y los afeites del dios para consagrar la representación que de él hacía. El dios personificado danzaba en medio de cantos, bailes y música de teponaztle. Mucha gente descabezaba codornices ante sus imágenes a fin de derramar su sangre en señal de ofrenda. Otros ofrecían como don su propia sangre perforando sus orejas o traspasando sus lenguas con una punta de maguey. Fray Diego Durán explica la costumbre de sangrarse durante esta fiesta, que atribuye a Xochiquetzal, diosa de las artes manuales como la pintura, el tejido y la orfebrería, pero también del amor y los placeres carnales, diciendo que si bien el día de Xochilhuitl los indios hacían una confesión secreta de sus pecados, también hacían un reconocimiento público de que habían pecado y este reconocimiento consistía, precisamente, en autosacrificarse ante la imagen de la diosa:

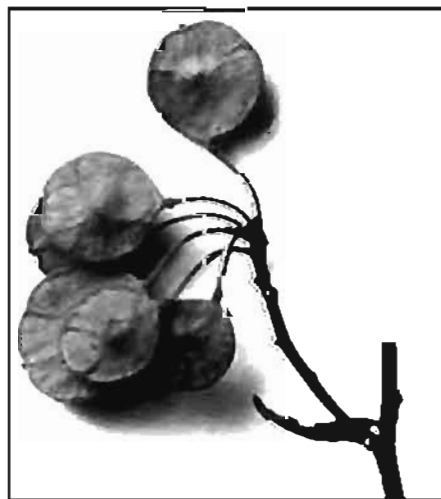
...el que había hurtado o fornicado o muerto a otro, o hecho contra sus leyes y preceptos alguna culpa, mandábase su ley que ese día examinase su conciencia y que tantos cuantos pecados graves hallase haber cometido, que juntase tantas pajas de a palmo, de esas que ellos usan para escobas. Después de contados sus pecados en aquellas pajas, íbase al templo a la hora que los demás iban a lavar, y sentábase en cuclillas delante de esta diosa. Tomaba una lanceta y pasábase la lengua de una parte a otra. Dada aquella lancetada en la lengua, tomaba las pajas y, una a una las pasaba por aquella lancetada y, como las iba pasando, así llenas de sangre, las arrojaba delante del ídolo, conociendo todos los circunstantes que, si echaba diez pajas, que diez pecados había cometido; si veinte, veinte, pero no sabían que culpas fuesen.

Los celebrantes también ofrecían a los dioses Xochipilli o Xochiquetzal pasteles de tzoalli, elaborados con harina de amaranto, maíz y miel. Otros llevaban panes con forma de mariposas o semejando la silueta del rayo, otros más ofrecían vasos de chilmolli y platos con cinco tamales. Los nobles que vivían en las

fronteras con poblaciones con las que se mantenía un estado de guerra llevaban a México los cautivos que tenían, o bien compraban algunos para enviarlos a los calpixque a fin de que estos encargados del templo los guardasen para que, llegado el día de la fiesta, fuesen sacrificados ante la imagen del dios.

La conquista española y el periodo colonial destruyeron y arrojaron al olvido el culto a estas deidades. Las figuras de Xochipilli y Xochiquetzal, como las de tantos otros dioses, fueron mutiladas y sepultadas bajo la tierra. A mediados del siglo pasado, en las faldas occidentales de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, se desenterró una impresionante escultura de Xochipilli labrada en piedra. De ella se ha ocupado Orozco y Berra, quien la describió como un “adelantamiento en el arte” ya que revela un buen conocimiento de la anatomía humana, aunque, eso sí, “lejos de sostener un paralelo con las obras griegas y romanas”. Obviamente las ideas etnocentristas de raíz grecolatina de este ilustre historiador son actualmente insostenibles, al menos para cualquiera que haya abierto su percepción estética a los argumentos de Justino Fernández y Paul Westheim.

A mediados de este siglo Justino Fernández contempló con una mirada distinta al Príncipe de las Flores, enfatizando el contraste entre la refinada belleza de sus formas corporales con el gesto “dramático” de su rostro. El “dramatismo” de su expresión lo atribuye a que los ojos de Xochipilli están huecos, para sugerir en seguida que originalmente debieron estar cubiertos con algún material precioso, lo cual “daría un efecto distinto a la actitud de éxtasis”. En el detallado análisis que hace de la escultura Justino Fernández menciona “cuatro tipos distintos de flores”, labradas en el cuerpo



de Xochipilli, pero no relaciona estas flores con la actitud extática que en forma titubeante acaba de describir. En 1959, año en que Fernández publica su artículo sobre el Señor de las Flores, Gordon Wasson está mirando detenidamente la escultura de Xochipilli y algún tiempo después, con la asesoría de Richard Evans Schultes, director del Museo Botánico de Harvard, identificará las flores que el dios ostenta en su cuerpo. Lo sorprendente ahora es que no se trata de cualquier planta sino especies que contienen sustancias psicoactivas, "flores del sueño" o temicxoch. El divino Xochipilli —escribe Wasson— está absorto en temicxoch:

Lo esencial en esta figura es el éxtasis. Estamos ante la obra de un gran artista, una espléndida estatua de un hombre arrebatado por una experiencia ultraterrena, la hierática efigie del dios del arrobamiento, el dios de las flores, el dios de la juventud, de la luz, de la danza y la música y los juegos, de la poesía y del arte; el dios infante, el dios del Sol naciente, del estío, de lo cálido, de las flores y las mariposas, del "Árbol Florido" (Xochicuáhtli) que los poetas nahuas invocan a menudo, de los hongos sagrados (las flores que embriagan), las plantas milagrosas que son capaces de trasladarnos al paraíso celestial.

Gordon Wasson tuvo también una feliz intuición cuando vio que la gran flor del pedestal donde está sentado Xochipilli no era propiamente una flor sino una figura formada por cinco hongos dispuestos en círculo y vistos en un corte transversal. Es de suponerse que hay un sexto hongo en la parte inferior pero está cubierto por una mariposa. La importancia simbólica de la mariposa al parecer pasó desapercibida para Wasson, quien concentró su atención en las plantas y los hongos. Quisiera tan sólo mencionar que en su libro sobre los códices mexicanos María Sten nos recuerda que la mariposa es uno de los símbolos del Sol, pero además es el símbolo de la llama y del alma del guerrero muerto que según la antigua cosmovisión nahua acompañaba al Sol en su primer recorrido por el cielo, es decir, desde su salida por el oriente, cuando es un Sol-naciente o un Sol-niño, lo cual lo identifica con Xochipilli como deidad solar, hasta alcanzar la parte más alta del cielo al mediodía, llamada antiguamente nepantlatonatiuh, donde lo recibían los espíritus de las mujeres muertas en el parto para conducirlo hacia el poniente. Si esta interpretación es correcta, la presen-

cia de las mariposas en el pedestal no es casual ni meramente decorativa.

Es muy probable que los frailes evangelizadores del siglo XVI en la región de Tlaximalco hayan amenazado a los adoradores del Señor de las Flores recordando la sentencia bíblica del salmo 113 que dice de los dioses paganos: "...tienen boca pero no hablan; tienen ojos pero no ven. Sucédales lo mismo a quienes los hacen y a quienes en ellos confían". Los siglos han pasado y el silencio no se impuso en los magos de entonces ni en los chamanes actuales. Hace unos años, María Sabina decía refiriéndose a los hongos:

Cuanto más penetras el mundo de los "niños", más cosas se ven y miras nuestro pasado y nuestro futuro como una sola cosa que ya se llevó a cabo, que ya sucedió... veo caballos robados y ciudades enterradas cuya existencia es desconocida y que están a punto de salir a luz. Veo y sé millones de cosas. Conozco y veo a Dios; un inmenso reloj que palpita, esferas que giran alrededor y adentro de las estrellas, la tierra, el universo entero, el día y la noche, el llanto y la sonrisa, la felicidad y el dolor. El que conoce hasta su fin el secreto de los "niños" puede ver esa infinita maquinaria de reloj.

Lecturas recomendadas

Durán, fray Diego, *Historia de las indias de Nueva España e islas de tierra firme*, preparada por Ángel María Garibay, Porrúa, México, 1984.

Fernández, Justino, "Una aproximación a Xochipilli", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, vol. 1, México, 1959.

Schultes, Evans y Hofmann, Albert, *Plantas de los dioses, orígenes del uso de los alucinógenos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Sahagún, fray Bernardino, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, preparada por Ángel María Garibay, Porrúa, colección Sepancuántos No. 300, México, 1982.

Teogonía e historia de los mexicanos, tres opúsculos del siglo XVI, edición preparada por Ángel María Garibay, Porrúa, colección Sepancuántos No. 37, México, 1985.

Wasson, Gordon, *El hongo maravilloso Teonanácatl. Micolaitría en Mesoamérica*, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Antropología, México, 1983.

Westheim, Paul, *Obras maestras del México antiguo*, Biblioteca Era, Serie Mayor, México, 1985.



Los Siete Pecados Capitales.
Presbiterio de la iglesia de Santa Cruz,
Tlaxcala, 1735.
Fotografía: Everardo Rivera, Ángela Arziniaga.



Los Siete Sacramentos.
Presbiterio de la iglesia de Santa Cruz,
Tlaxcala, 1735.
Fotografía: Everardo Rivera, Ángela Arziniaga.